

de reinas, princesas, infantes y otros miembros de la familia real. Uno de los retratos más famosos, debido al pincel mágico de Alonso Sánchez Coello, que hoy se conserva como una de las maravillas del Museo del Prado, es el de la princesa Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II y de Isabel de Valois, cuya belleza le había valido el sobrenombre de "la novia de Europa".

Cuéntase de la bella hija de Felipe e Isabel que tuvo muchos y muy altos pretendientes a su mano, príncipes de distintos reinos, a los que quizá le obligó a rechazar su padre, que pretendía para ella nada menos que el trono de San Luis de Francia. No resultaron los planes del más poderoso monarca del mundo renacentista, y la bella Isabel Clara se casó por amor, en 1598, con el archiduque Alberto de Austria, a quien encargó el rey el gobierno de los Países Bajos.

Aseguran los historiadores que Isabel Clara Eugenia unía a la más sugestiva belleza de su cuerpo un alma exquisita, un carácter resolutivo y extraordinarias dotes de gobierno. Se encarecen, además, su decisión y valentía, ya que en las luchas que su esposo se vió obligado a sostener, Isabel Clara lo acompañó siempre, sin mirar el peligro.

Muerta en Bruselas en 1633, el pintor Sánchez Coello, que la pintara en el momento más esplendoroso de su juventud, nos la ha inmortalizado en ese retrato admirable, considerado como uno de los mejores del artista levantino, muerto en Madrid once años antes que naciese Velázquez, y uno de los buenos discípulos españoles de Rafael.

De la categoría y renombre que tuvo en su tiempo Sánchez Coello dan idea las noticias de que recibía en su casa y sentaba a su mesa obispos, arzobispos, cardenales y otras personas principalísimas de la época.

## *Balenciaga, Cánovas del Castillo, Laffitte, Raphael... los españoles que crean la moda de París*

### LOS ESPAÑOLES QUE CREAN LA MODA DE PARÍS

Hace más o menos cien años que la moda femenina es privilegio de París y la primer industria de Francia, gracias a la cual viven cientos de miles de obreros, de artesanos y de artistas. Lo que mucha gente no sabe es que una gran parte de estos obreros, de estos artesanos y de estos artistas se compone de extranjeros y que entre ellos hay un gran porcentaje de españoles. Sin olvidar que la emperatriz Eugenia fué tal vez quien más contribuyó a hacer, de lo que hasta entonces era costura, sin más, la "alta costura", cuando descubrió y lanzó al famoso modisto Worth.

Antes de hablar de los españoles que actualmente dirigen casas de primer orden, queremos recordar a un gran creador, desaparecido hace pocos años, y que fué, sin duda, uno de los más elegantes de su época. Aludimos al español marqués de la Peña, que durante muchos años dirigió la famosa casa Doucett y visitó a todas las reinas y a todas las mujeres "chic" del momento.

Cuando le conocimos él era ya, sin duda, un hombre como se dice hoy, otoñal. Pero no olvidáremos fácilmente su empaque de hidalgo, la perfección de su indumentaria, que en nada sugería ese lado, un poco ridículo que tiene, no sé por qué, el modisto. Su despacho era un verdadero museo, con

ca, que procuraban aprovechar su estrecha y sincera amistad con el más poderoso rey de la cristiandad. Su influencia sobre Felipe II llegó a ser extraordinaria, lo que daba a Sánchez Coello la facilidad de codearse con las más altas jerarquías de Europa, que lo festejaban y cultivaban su amistad. Le concedieron honores los papas Gregorio XIII y Sixto V, el gran duque de Florencia, el de Saboya y el gran Alejandro Farnesio.

Hoy, al cabo de tres siglos y medio, el pintor Alonso Sánchez Coello sigue sostenido entre los primeros artistas de la gran pinacoteca del Prado, considerada como la mejor del mundo, merced al prestigio que los años han acumulado sobre sus obras—retratos y cuadros religiosos—, que cada día despiertan la misma admiración entre los aficionados, críticos y expertos.

Son muy escasas las noticias sobre la vida familiar y la descendencia de este artista. Apenas se sabe que un hijo de Sánchez Coello, también pintor—aunque, al parecer, de escasa categoría—, pasó al Perú entre un grupo de artistas españoles, llevados a Lima para realizar allí la decoración de distintos templos. La cita de este Coello la recogemos del libro del marqués de Lozoya, en su obra monumental sobre el *Arte hispano-americano*.

En esta galería de personajes históricos, inmortalizados por grandes artistas hispánicos, al ser convertidos en verdaderas obras maestras del arte pictórico, esta princesa española retratada por Sánchez Coello figura aquí por derecho propio, con la doble representación de su belleza, su personalidad y el arte soberano con que su esbelta figura ha sido llevada al lienzo por un gran artista.

muebles de precio, dignos de ser mencionados por puro uso. Y todo, alrededor del marqués de la Peña, nos hacía pensar en elegancias de la corte de España.

Creemos que nadie de los que le suceden llegará a dejar, en la historia de la moda parisiense, una influencia tan firme, y para ello no hay sino hojear las colecciones de las revistas de modas del 900 hasta la guerra europea.

Seguramente que Christian Dior y Jacques Fath lo hacen muy a menudo, y tanto mejor para sus creaciones, que están muy lejos de llegar al modelo.

Pero hablemos de los que hoy en día continúan con esta tradición de elegancia española y de su influencia en la moda francesa.

La española Ana de Pombo, actualmente en Madrid en pleno apogeo, fué la continuadora de los éxitos del famoso monsieur De la Peña, como le llamaban en la alta costura. Y fué la primera en romper con esta tradición que exige que el nombre del modelista no figure para nada y que sólo brille el nombre que da la firma a la Casa, aunque el dueño del nombre haya abdicado o haya muerto. Ana de Pombo apareció con toda su autoridad avasalladora y todo el prestigio necesario. El nombre de Paquin, ya pasado de moda, quedó como en sobreimpresión.

Precisamente en 1938, cuando Ana de Pombo era ya una celebridad mundial, llegó a París un refugiado

español, huyendo, como tantos otros, de la tormenta roja. Como todos ellos, buscaba un seguro amparo en esta ciudad que sabe tan bien discernir los valores y darles empuje.

Este a quien aludimos conocía muy bien el oficio de la costura, porque durante muchos años había sido comprador de modelos, lo que le facilitó la entrada en todas las casas y la asistencia a las colecciones, aunque él, muy honradamente por cierto, les advirtió que, por razones del momento, no podía adquirir ningún vestido. Así llegó a ver, entre otras, la colección de Ana de Pombo, que fué tan sensacional aquel año, que se la recuerda entre los conocedores, como los aficionados de toros recuerdan tal faena o tal corrida de un diestro famoso.



Una modelo norteamericana espera pacientemente a que Castillo dictamine si el lazo de faya color coral irá bien con este suntuoso vestido de faya y tul blanco. En la colección se verá realizado en faya negra sobre tul blanco y profusamente adornado de rosas de té, y llamará la atención.

El director comercial, monsieur De Bray, preguntó al visitante:

—¿Cómo encuentra usted la colección?

—Se ve que está hecha por una aficionada—respondió desdenosamente el joven vasco, que se llamaba, y se llama, Cristóbal Balenciaga.

Respuesta excesivamente española, en el sentido de que no hay ningún español, como no esté muy evolucionado, que admire el talento de otro de su especie.

A pesar de esta opinión, Anita, como la llamaba familiarmente todo el París elegante, continuó su ca-

rrera sensacional, lo mismo en París que en Buenos Aires que hoy en día en Madrid; pero esto nos trae, como por la mano, a hablar de Balenciaga, aunque nunca ha facilitado ningún dato para ello, porque su modestia hace que se niegue sistemáticamente a entrevistas y fotografías.

A pesar de ser, sin duda alguna, el más interesante de los creadores españoles, Balenciaga es un hombre tímido, secreto, reservado, que no va a ninguna parte ni recibe a nadie. De una discreción que muchos grandes personajes podrían imitar, que casi pudiera hacernos pensar en el famoso "complejo de inferioridad" si no supiésemos que el gran modisto tiene muy exacta idea de su valor.

El estilo de Balenciaga es de la misma discreción, porque las personas no iniciadas exclaman muy a menudo: "¿No veo qué es lo que tiene este modelo para costar tan caro!" Hablo de la colección de París, porque no es un secreto para nadie que la que manda a Madrid es mucho más barata y no tiene los mismos elementos. Pues precisamente el mérito de estos modelos es que no es sabe el porqué de su éxito. Tal vez porque favorecen, sobre todo, a una clase de mujeres, bellas y elegantes aún, pro ya no muy jóvenes, y que encuentran fácilmente su vestido ideal en estas colecciones, que varían poco de una a otra temporada, porque las cosas perfectas no varían.

No queremos dejar de hablar de este gran modisto sin mencionar, aunque él no nos lo haya pedido, porque es tan modesto como el mismo Balenciaga, el nombre de Salvador Camón, su cortador, porque creemos que este nombre llegará a tener su valor propio cuando le llegue la hora y encuentre, como la encontró Balenciaga, la comandita que le permita volar por sus propias alas.

En casa de Jeanne Lanvin aparece, como "vedette" de la moda, otro español, Antonio Cánovas del Castillo, a quien nada parecía predestinar a este oficio, porque pertenece a una gran familia de políticos y de altos empleados; pero ya cuando le conocimos en Madrid, allá por 1930, un diablillo perverso le hacía buscar la sociedad de actrices y mujeres elegantes. Así que no nos asombramos nada cuando, el año 36, y también huyendo de la quema, se nos apareció en París.

#### "BAGATALE"

Por aquel entonces conoció Castillo a la famosa Missia Sert, que todavía brillaba como un sol en el ocaso, y ésta le presentó a Cocolé Chanel, que era entonces la modista más a la moda, a pesar de lo cual nadie la recuerda ya, como no sea por sus perfumes, que aun continúan existiendo.

La que pudo llegar a ser duquesa de Westminster fué para Castillo una verdadera hada madrina, y gracias a ella conoció a todas las personalidades del momento. Castillo es muy amigo de saraos y de recepciones y no falta a ninguno de ellos. Su instinto infalible le dice a quién debe tratar y con quién debe aparecer en público, y esta cualidad, antagónica de Balenciaga, es tal vez lo que hace que Castillo haya llegado a ser una persona interesante en la alta costura.

Cuando empezó la guerra última, Antonio era ya muy conocido, y por esto Elizabeth Arden le contrató en Nueva York para dirigir la casa de modas cuya dirección había abandonado, en un momento de celería, el famoso novelista inglés Charles James. Pero

todo el mundo sabe que no se puede crear la moda de París lejos de París, y no por aquello tan socorrido de que el aire de esta ciudad, tan lleno de vapores de gasolina, es indispensable para la creación. Lo que pasa es que, cuando se puede disponer de tan perfectos obreros y artesanos y elegir entre colecciones de tejidos que ya por sí solos sugieren coloridos inéditos y estampados admirables, es, como se dice, y nunca con mayor, propiedad, "coser y cantar".

Justamente por esto, Antonio Castillo se incorporó a la casa Lanvin, y, coincidiendo en esto con Ana de Pambo, exigió que su nombre figurase al lado de la desaparecida Jeanne Lanvin. Hoy en día está colocado de modo que puede competir con Christian Dior y con Jacques Fath, y, siguiendo sus gustos fastuosos, se ha comprado una enorme finca, aún mayor que la que tiene en Valdemoro, puesto que en ella se puede cozar el ciervo, como en las posesiones de la duquesa de Uzés.

En casa de Jean Patou está Julio Laffitte, aristócrata sevillano, que se dedicó a la costura como podía haberse dedicado a matar toros o a cantar flamenco; es decir, con la misma gracia y valentía. Es muy divertido oírle contar cómo, cuando volvió a Madrid, en pleno éxodo de la guerra de Francia, intaló, a ruego de sus amigos, una casa de modas en Madrid con una comandita de doscientas mil pesetas, aunque en ninguna época ha sido un capital, y cómo era preciso ir a comprar las agujas en el Rastro y las telas por medio de amistades, y se viajaba en tercera, con maniqués y todo, para ir a enseñar su colección en provincias. Todo esto hizo que Laffitte se decidiera a dejar esta labor romántica para dirigirse a los Estados Unidos, en donde coincidió con Antonio Castillo.

La llegada de Julio Laffitte fué sensacional. Los cuarenta y ocho escaparates de la casa Saks estuvieron durante semanas luciendo las creaciones del sevillano, que obtuvo un Oscar, como si fuera un film, y fué nombrado uno de los diez mejores modelistas de América. Pero, sin embargo, igual que Castillo, sintió la necesidad de volver a París y entró como modélista en casa de Jean Patou.

Esta casa, gracias a él, ha vuelto a colocarse al nivel de las primeras, y su colección es tal vez una de las más parisienes del momento. Sin embargo, el éxito no ha envanecido a Laffitte, que continúa siendo un muchacho encantador, un poco tímido, más bien retraído, pensando en retirarse—dentro de muchos años—en su Sevilla natal, que adora.

Hablemos, al final, de Raphael, que, de todos ellos, es tal vez el que más duramente ha luchado y que todo se lo debe a sí mismo. Raphael, hijo del sastre más famoso de Madrid, que visitó a generaciones de elegantes madrileños, y que ha llegado, sin publicidades espectaculares ni creaciones abracadabrantes, a estar en la primera fila de los creadores parisienes.



Los últimos toques al traje de novia de la fotografía anterior. Raphael contempla su obra, en la que se han armonizado la elegancia y la utilidad. El modelo, realizado en tela de hilo, bordado en blanco, acreditará la fama de esa moda parisienne en la que, como hemos visto, tienen arte y parte los realizadores españoles.

Raphael tiene una técnica impecable y un buen gusto, de una seguridad absoluta. Pero se le quiere complacer, es preferible hablar de la pintura de su hijo, a quien los críticos llamaron el Pierino Gamba de la pintura. Eduardo pinta desde los tres años y expuso a los ocho en la famosa galería Petrides, y toda la crítica se conmovió ante la revelación de un artista innato. Hoy en día tiene ya diez años y continúa pintando cada vez mejor, de modo que este nombre de Raphael será su más merecido calificativo.

He aquí, pues, evocada la personalidad de estos cuatro creadores de elegancias, tan diferentes y tan interesantes. Ya, para expresar con más claridad el modo de concebir la moda en cada uno de ellos, diremos, que, para Balenciaga, la mujer es una abstracción; para Laffitte, un objeto de arte para Castillo una amiga de salón, y para Raphael, una cliente.

